



Capítulo 137 - El inicio de las negociaciones

Lucinda, aún temblando de horror, finalmente se dio cuenta de que esa terrible mujer estaba sentada entre quienes se oponían al héroe, y este descubrimiento la sumió en tal temor que no pudo permanecer inactiva y limitarse a observar lo que estaba sucediendo.

Salió de entre la multitud y lanzó sus hechizos de distracción, y todos inmediatamente volvieron sus miradas hacia ella.

«¡Santa!», exclamó alguien, provocando una ola de admiración.

«¡Ah, la Santa!».

«¡La Santa está aquí!».

La tranquila multitud estalló en vítores para Lucinda.

El grupo del Héroe y el grupo de Eulalia también se percataron de la aparición de Lucinda.

«Jejeje», solo Sierra se rió suavemente mientras la miraba.

La mirada de Arabel, al percatarse y reconocer a la mujer recién llegada, se volvió tan aguda e intensa, como si sus ojos pudieran emitir fuego e incinerar a esta mujer.



Para no perder su autoridad ante los ojos de la multitud, Lucinda se recompuso y, superando su miedo a Sierra, comenzó a comportarse como una verdadera Santa. Saludó al público con una sonrisa deslumbrante.

Al acercarse a la mesa de negociaciones, Lucinda no se sentó junto al Héroe, sino que prefirió tomar una posición neutral con los representantes del Gremio, lo que sorprendió un poco al Héroe.

El héroe quería decir algo, pero bajo la mirada de Lucinda, no se atrevió. Estaba un poco desconcertado, pero luego apartó la mirada de ella y miró a Eulalia.

Esta elfa era tan hermosa como su maestra.

Sí, el héroe ya sabía que esta elfa era discípula directa de Milica, la elfa alta de la que se había enamorado perdidamente y a la que aún no podía olvidar.

«Todo salió mal por su culpa. Porque ella me rechazó, todo cambió. Todo es por su culpa», repetían las voces en la cabeza del héroe mientras miraba a Eulalia, y sus pensamientos se dirigían a su maestra.

La multitud comenzó a calmarse gradualmente y la atención de todos se centró en el héroe y la elfa.

«¡Eres hermosa!», dijo el héroe, mirando a Eulalia.

La multitud se quedó boquiabierta por la sorpresa.

Eulalia, por su parte, permaneció imperturbable, mirando fijamente al héroe.



Idan se sorprendió un poco por la franqueza del héroe.

Arabel, por su parte, había estado mirando en una sola dirección todo el tiempo. Su mirada estaba fija en Lucinda, lo que confundió un poco a esta última.

Lucinda no entendía por qué esa chica de aspecto sencillo la miraba con tanta intensidad y de forma tan extraña. Lucinda se sentía cada vez más incómoda.

«Qué extraño...», susurró Lucinda en voz baja.

Desde el momento en que entró en la sede del Gremio de Aventureros, se sintió extremadamente ansiosa. Y ahora, al fijarse en la chica, esa sensación no había hecho más que intensificarse.

Después de pensarla un poco más, abrió los ojos con horror.

Su mirada se dirigió inmediatamente al joven sentado junto a la chica y, en ese mismo instante, Lucinda captó las sutiles vibraciones de intención asesina dirigidas hacia ella. Miró a Arabel, que tenía una clara intención asesina hacia ella.

Lucinda dirigió su mirada a Sierra, que los había estado observando con una sonrisa todo el tiempo.

«¡Maldita bruja!», maldijo mentalmente Lucinda a Sierra, al darse cuenta de lo que estaba pasando.



Lucinda se dio cuenta de que la extraña sensación que había estado experimentando todo este tiempo era causada por el hechizo que Sierra había lanzado sobre la chica y el joven sentado a su lado.

Era un hechizo de distracción.

Gracias a este hechizo, las personas que los rodeaban no se percataron de la pareja. Aunque en todas las ciudades su fama había traspasado todos los límites imaginables.

Si no fuera por este hechizo, nadie habría prestado atención al héroe y a la elfa.

Aunque Lucinda era consciente de ello, no podía entender por qué esta chica era tan hostil con ella.

«¿Cómo te llamas, oh, hermosa muchacha? Mi nombre es Alianor, el héroe del bastón», preguntó el héroe, mostrando en su rostro la sonrisa que podía esbozar.

Eulalia siguió mirando al héroe como si hubiera una simple pared delante de ella.

«¡Respóndele! ¡Te está preguntando tu nombre!». Incapaz de soportar el comportamiento de la elfa, uno de los subordinados del héroe le gritó a Eulalia.

«¡Cállate!». En respuesta, el héroe se levantó de un salto de su silla y golpeó con fuerza a su subordinado con un bastón que apareció de repente en su mano.



El bastón, que se elevaba 180 centímetros por encima del suelo, era una vista majestuosa. El material con el que estaba hecho seguía siendo desconocido, pero sin duda era madera. Los patrones que cubrían la superficie del bastón se asemejaban al entrelazamiento de ramas y raíces, como si encarnaran la naturaleza misma.

Este bastón era una de las armas sagradas de este mundo.

Idan y Arabel finalmente pudieron ver su objetivo. Para ello, Arabel apartó la mirada de Lucinda y centró toda su atención en el bastón.

Tras el golpe demoledor, el subordinado del héroe yacía inconsciente en el suelo.

Ni siquiera una criatura de rango Platino podía resistir un solo golpe del Bastón Sagrado que empuñaba el héroe.

El héroe, tras haber noqueado a uno de sus subordinados, adoptó la pose más majestuosa que pudo, tratando de impresionar a la elfa. Sin embargo, ella no apreció sus esfuerzos.

No era tan ingenua como para no ver en esa actuación más que una farsa y un intento de imponerse.

No solo ella, sino todas las mujeres presentes que observaban al héroe expresaron su descontento poniendo los ojos en blanco.

Lucinda casi se cubrió la cara con la mano, frustrada, pero se contuvo y trató de fingir que lo que estaba sucediendo no le concernía.



«Eulalia...», dijo, sin sentir ya el deseo de tentar la paciencia del héroe, y mucho menos de provocarlo. Solo dio su nombre para poder ir al grano sin demora.

«¿Eulalia? ¡Qué nombre tan maravilloso!», exclamó el héroe, expresando su admiración.

Idan y Nemo apenas pudieron contener las náuseas al ver esta escena. Idan no entendía cómo se podía comportar así. Aunque había leído sobre personajes así en varios relatos cortos, creía que eran solo fruto de la imaginación de los autores.

Sin embargo, después de verlo con sus propios ojos, se dio cuenta de que hay muchos mundos diferentes y la existencia de personas así ya no le parecía improbable.

«¿Qué quieres de mí?», preguntó Eulalia sin rodeos, incapaz de soportar más la presencia del héroe.

Y en ese mismo momento, cuando el héroe estaba a punto de decir algo, las puertas de la sucursal del Gremio de Aventureros se abrieron de golpe y una figura inesperada entró volando.

Todas las miradas se dirigieron hacia esta invitada inesperada.

Era una mujer hermosa de baja estatura con cabello verde mar y dos pares de alas en la espalda, igual que su cabello.

La mayoría de los presentes no sabían quién era.



Solo cuatro personas atacaron a la intrusa con maldiciones casi simultáneamente.

Estas personas eran Sierra, Idan, Arabel y, por supuesto, Lucinda.

Esta última, a diferencia de los demás, miró a Esma con especial hostilidad. Su aura sagrada cambió a una sangrienta por un momento, irradiando una gran intención asesina, y volvió a ser santa de nuevo, lo que no pasó desapercibido para el grupo.

Esma también se dio cuenta de esto y fijó su mirada en la Valquiria de la Luz, incapaz de comprender por qué esta hermana menor la miraba con tanta hostilidad. Aunque no recordaba haberla visto antes.

Sin saber que ella misma era una de las principales causas de su angustia en este lugar desafortunado.

